

DE LO QUE LE PASÓ A DON QUIJOTE EN EL PATIO DE UN COLEGIO

En un lugar del Gonzalo de Córdoba, nombre del que me gustaría siempre acordarme, apareció un señor, caballero andante para más señas, que se hacía llamar Don Quijote de la Mancha y que iba acompañado de su fiel amigo, escudero y ayudante, Sancho Panza. Los dos llegaban cansados de tan largo camino recorrido por las tierras de las dos Castillas, sudorosos y hambrientos de varios días.

- Don Quijote... o encontramos una posada o moriremos de hambre y de cansancio - le dijo Sancho
- No te preocupes, amigo Sancho, que en estas nuestras andanzas, siempre hay un lugar cercano en el que calmar nuestros estómagos y descansar nuestros cuerpos - le contestó el hidalgo Don Quijote.

Habrían entrado en la ciudad de Valladolid y pasado por el gran puente de piedra que cruzaba el río Pisuerga cuando, a lo lejos, distinguió Don Quijote un gran edificio:

el colegio Gonzalo de Córdoba. Estaba construido en ladrillo rojo, con unos grandes árboles a su alrededor y una valla verde que delimitaba todo el espacio dedicado al aprendizaje y el juego de los niños del lugar.

Al verlo Don Quijote, no pudo dejar de exclamar una gran admiración por la grandezza del edificio y sus alrededores... y en ese momento, y gruto de su locura, le dijo a su escudero:

- ¡C!o es verdadero, amigo Sancho, que acabamos de llegar al gran Castillo de Felipondia, gran ciudad de la corte de Castilla? ¿No ves cómo salen todos a recibirnos con grandes saltos y gritos de alegría?

- ¿Qué castillo, mi señor? Yo solo veo un colegio con un montón de niños corriendo en el patio - contesto Sancho.

En realidad, acababan de llegar al Colegio a la hora del recreo, y todos los niños salían al patio a jugar y disfrutar del descanso merecido después de unos horas de clase.

Don Quijote, entró en el supuesto castillo como si fuera un gran Rey, el Rey de Felipondia, ni más ni menos. Todos los alumnos del mismo le parecieron sus sirvientes y como tal les saludaba, y cada uno de los profesores encontraba, caballeros a su servicio para sus grandes conquistas.

En estas que estaba saludando, cuando sus ojos se clavaron en un grupo de niños que riñaban para empezar un juego:

el que estaba en el medio señalaba a cada uno de los del círculo. Don Quijote pensó que se trataba del inicio de una gran pelea contra el que señalaba, que casualmente era el más trapito de todos, y corrió sin pensarlo más hacia ellos, mientras Sancho le gritaba:

- ¡Cuidado, mi señor! ¿Dónde va con tanta prisa?
- ¡Esos sirvientes quieren atacar a uno de los más indefensos, al más pequeño de ellos con sus manos en alto! - decía Don Quijote a la carrera.

Sin mirar por donde iba, se tropezó con la portería de fútbol del patio del colegio y dando un par de volteretas, cayó de bruces al lado del grupo de niños. El gran golpe le sacó de su locura, quedándose dolorido e inmóvil en el suelo, mientras Sancho se acercaba a socorrer a su gran amigo:

- Si ya se lo decía yo... señor, ~~que~~ no ~~eran~~ sirvientes ni esto un castillo. Su locura va a terminar con su salud y con todos los huesos de su cuerpo.

Con los mismos, se montaron en Rocinante y Rucio y, saliendo por la puerta grande del Colegio González de Córdoba, se fueron a buscar otras aventuras a nuevos lugares

